Prólogo

El bullicio en el salón de baile “Renacimiento” pareció aquietarse cuando el oscuro hombre entró en el lugar. Apenas lo divisaron, las personas que conversaban hicieron un rápido silencio, y aquellas que bailaban en el centro de la pista inmediatamente se corrieron para dejar paso al extraño personaje.

Ya acostumbrado a ser el centro de atención, Giácomo Tarantini se detuvo junto a la barra del boliche para observar con ojos de águila hasta el último rincón del bar.

-Buena noches, Señor.Hacía tiempo que no nos honraba con su presencia-comentó Polo, el barman y dueño del local.

-Sabes bien que mi particular trabajo me impide venir tantas veces como me gustaría-respondió haciendo temblar al hombre con su fría mirada.

-Entiendo, Señor-tartamudeó sin querer contradecir al misterioso cliente. ¿Le sirvo lo de siempre?

-Sí, ¿y qué tienes para mí hoy?-preguntó con indiferencia.

-Marcio y Ramiro están a su disposición-insinuó chasqueando los dedos hacia dos jóvenes que aparecieron como por arte de magia.

Giacomo recorrió con la mirada a los atractivos jóvenes, hasta que finalmente habló.

-Si no tienes nada mejor, me llevo a los dos.

-Señor, son dos chicos encantadores. Y muy complacientes.

-Tal vez me encuentre cansado de chicos hermoso hermosos y complacientes, quizá esté cansado de estar solo, fingiendo ser alguien que no soy. Pero si en el grupo confirmaran cuales son realmente mi gustos sexuales, mi cargo, y principalmente, mi vida, no valdría nada-suspiró como si hablara solo.

-¿Entonces te quedas con ellos?-carraspeó el hombre señalando indirectamente que esperaba su comisión.

-Si. No tengo tiempo para elegir demasiado -asintió tirando una abultada suma sobre la mesa. Y por supuesto, nunca estuve por aquí.

-Ni que hablar, Señor. Sabes que en los tres años que utilizas nuestros servicios, jamás tuviste un problema.

-Lo sé, por eso sigue viniendo-asintió agradeciendo mentalmente a su amigo Pietro que le había recomendado el sitio. *“El viejo jefe sabe bien lo que hace, en cuarenta y dos años que lleva como líder principal del grupo, ni siquiera su esposa descubrió su gusto por los hombres jóvenes y atractivos. Y si lo hace, las joyas y los viajes que este le regala la hacen mantener un gentil silencio”*

Giácomo indicó a los sonrientes chicos que lo siguieran, cuando un terrible griterío lo detuvo. Inmediatamente, hizo un gesto a los dos gigantes que lo vigilaban parados un poco más atrás, y estos se pusieron alerta.

-Voy a darte una paliza, ensuciaste toda la ropa nueva-gritaba un tipo al mismo tiempo que zamarreaba a otro más pequeño.

-Te dije que pagaré la tintorería, mejor todavía te compraré ropa nueva-gemía el hombre que apenas parecía pasar los dieciocho años.

-No me interesa tu dinero. Aléjate de mí o te daré una paliza que nuca olvidarás.

-Perdón, Señor-exclamó el barman acercándose a Giácomo que observaba atentamente la situación. .No sé qué ocurrió, debe ser algún cliente nuevo. Sabe que estas cosas nunca ocurren aquí. Lo haré sacar en este mismo momento.

-No te preocupes, iré a ver que sucedió-asintió dirigiéndose sin dudar hacia el joven que parecía haber provocado el disturbio.

-Pero Señor, puede ser peligroso –insistió el barman.

Giácomo le indico con un gesto que se callara, e ignorando a los colosos que lo estaban esperando en la puerta, se inclinó hacia el joven que no lograba levantarse del suelo.

-Permíteme que te ayude-sonrió con amabilidad. No puedes hacerlos solo.

-Gracias-tartamudeó este. ¡Esa bestia no sabe disculpar un error!-exclamó sosteniéndose en Giácomo.

-Realmente un energúmeno. Nunca te había visto por aquí-susurró observando los profundos ojos color ámbar del hombre.

-Soy ave de paso y será mejor que me vaya. Muchas gracias por tu ayuda-añadió invadiendo a su salvador con el exquisito aroma de su perfume.

-Oh, no puedes conducir así-exclamó Giácomo. Ven conmigo, yo te llevaré.

-Estoy borracho, pero no loco. Jamás iría con un desconocido, no soy un prostituto-susurró cayendo nuevamente sobre una silla.

-Nunca pensé que lo fueras. Me llamo Albert Colt-comentó utilizando un nombre ficticio. Aquí tienes mi documento.

-Nate Gussi.Y está bien, acepto. De cualquier forma no puedo ni caminar. Esta vez me excedí-rezongó sintiendo que el salón parecía girar a su alrededor.

-Confía en mí, te daré una noche que no olvidarás-susurró entregando otra importante suma de dinero a los enojados acompañantes, indicándoles que los dejaba libre.

-¿Adónde me llevas? Aquel es mi auto -titubeó el desconfiado joven señalando un Volsvawen rojo que estaba detenido en la puerta del local.

-Vamos en mi coche–sonrió corriendo con la punta de los dedos el revuelto cabello de Nate. Dame la llave, uno de mis hombres nos seguirá con tu vehículo para que no tengas que volver a buscarlo mañana.

-¿Hombres? Suéltame, no hago tríos.

-Yo tampoco –carcajeó Giacomo sintiendo que hacía mucho tiempo que no se divertía tanto. Son mis…secretarios.

-Todo esto me parece muy raro-insistió el joven entrando al brillante Mercedes del hombre comprendiendo que no tenía fuerzas para poner resistirse .Pero supongo que estoy muy entreverado.

-Eso creo-concordó Giacomo sentándose a un costado de Nate en el asiento de acompañantes.

-¿No me sacarás los órganos o venderás como esclavo, verdad? Mi padre te encontraría en un abrir y cerrar de ojos.

-Nada más lejos de mi mente-carcajeó Giácomo pensando quién sería el poderoso padre del joven.

Apenas había arrancado el coche, cuando el adormilado Nate apoyó su cabeza sobre el hombro del supuesto empresario, que sin darse cuenta pasó protectoramente un brazo por la espalda de este.

-A casa-ordenó al chofer soñando en la excitante noche que lo esperaba.